

PRIMEROS PASOS DE LA CULTURA HUMANA

El primer varapalo a la vanidad humana lo tenemos al iniciar una somera aproximación a todo el proceso de hominización que ha sufrido el reino animal.

Parece ser que el hombre, tal como lo entendemos hoy en día, no es más que una de las derivaciones que ha tomado “lo animal” para adaptarse a un entorno físico y biológico que le ha obligado a continuos cambios en su morfología.

De resultas de todos estos cambios han aparecido miles de combinaciones aleatorias de las cuales una (la nuestra) se ha permitido el lujo de autoproclamarse como la más importante y creerse que el Universo ha sido creado entero para sí.

Para información de incrédulos hemos de señalar, antes que nada, que cualquier hijo de vecino antes que “*García*” o “*Schmidt*” es un ser humano (prefiero llamarlo así y no usar el término “hombre”, residuo de atávicos machismos culturales) catalogado por él mismo como *vertebrado* por eso de que cuenta con esqueletos óseos internos y espinas dorsales divididas en segmentos; *mamífero* por lo de que nos ha dado por parir a sus hijos vivos y se les amamanta; y *primate* porque casi todos tienen cinco dedos en las extremidades y un cerebro supuestamente eficaz.

Claro que esta clasificación bien podría haber sido otra si al autor o autores de semejante distribución animal les hubiera dado por centrarse en el color de las uñas, el tamaño del pene o el correcto funcionamiento de los escafoides.

Pero como posiblemente el tamaño del pene nos hubiera colocado en un lugar más que discreto y no todo el mundo sabe qué diantres son los escafoides, al parecer decidimos que lo mejor era fijar esta clasificación en orden a lo único que tenemos de verdad desarrollado para desgracia de otras especies: el cerebro.

Y con el cuento del cerebro nos hemos emparentado a los simios (los *tupaidos* y *prosimios* los dejamos a un lado por ser inferiores), pertenecemos a la asombrosa tribu de los *catirrinos* (los *platirrinos* son unos mierdas que no evolucionaron como debían) y, dentro de esta tribu, nos incorporamos a la superfamilia de los *hominoides* que para eso son los triunfadores y no los pobres e inútiles *cercopitecos*, *parapitecos* y *antropomorfos* que no sirven para nada y así les va, de rama en rama y entre rejas, en los zoos.

Pero para ser un ser humano de verdad (de esos con derechos universales, dioses a nuestro servicio y multas de tráfico) tenemos que ser, encima, de la familia de los *hominidos* y no de los *australopitécidos* que se quedaron tonteando por el camino; e incorporarnos convenientemente al grupo de los *neoántropos* a partir del cual, sí se puede hablar ya de animales con tendencias a la culturización, al lenguaje y demás cosas que veremos más adelante.

Si sospecha que alguno de su familia, o su hijo recién nacido, no es un *neoántropo* corre el peligro de que sea un vulgar *mesoántropo* (cutres *neandertales* que no llegaron a nada durante el Paleolítico medio); *paleoántropo*, como el de *Fontchevade*, *Swascombe*, *Maver* o *Vestesszollos*; o un insignificante *pitecántropo*, tipo *homo erectus*, como el *Pekinensis* o el desgraciado *Atlantopus mauritanicus* que, encima, fue africano y seguramente negro.

Pero nosotros, afortunadamente, salimos *cro-magnones* *neoántropos* lo que, por lo que se ve, nos permite tratar con cierto e irracional complejo de superioridad al resto de bichos con la impunidad que nos da sentirnos más importantes que ellos.

Sorprendentemente, y contra toda idea surgida por la *adamsmithiana* y capitalista división del trabajo, el éxito de

estos muchachotes se debió a la generalización, más que a la especialización, lo que les permitió poder enfrentarse a diversas situaciones con un abanico de respuestas que les garantizaba su supervivencia frente a ciertos rivales.

Esta generalización y adaptación al medio contó con la inestimable ayuda del azar en la construcción de algunas partes de su organismo.

A saber: apareció y le sirvió una columna vertebral flexible, una pelvis tremendamente adaptada a la posición bípeda y una base del cráneo (denominada no sé por quién *occipucio*) desde donde le salió convenientemente la médula espinal en dirección totalmente recta hacia abajo.

Esta posición del occipucio hace que la cabeza, nuestra querida cabeza, esté en perfecto equilibrio sobre la columna lo que permite suprimir los potentes músculos nucales que tienen los primates y algún que otro culturista empeñado en retroceder unos millones de años hartándose de *clembuteroles* y *esteroides*.

Por último, señalar el enorme agradecimiento que le deben, alguna que otra maruja y tertuliano de estómago agradecido, al tándem cerebro/laringe, una de las combinaciones más usadas por el cuerpo humano actual y que ha permitido modular la voz hasta lograr articular palabras de relativa complejidad fonética (lo de que éstas tengan o no coherencia o sirvan para algo ya no es una cuestión física y, por lo tanto, imposible de achacar a la propia evolución del cuerpo sino a algo más complicado como es la educación de quien las usa).

LOS PRIMEROS PRIMATES

En torno a los cuarenta millones de años es cuando se presupone que hicieron acto de aparición los primeros *lemuriformes*, como primates algo más evolucionados hacia nuestras formas, con treinta y dos teóricas piezas dentarias (otra cosa es la cantidad que pudieran conservar en vida los pobres bichos).

Unos veinte millones de años más tarde, al inicio del Mioceno⁴, es cuando los prosimios empiezan a correrse (con perdón) por el planeta gracias a que una placa continental africana de nombre un tanto raro, *Gondwanaland*, entra en contacto con otra no menos extraña eurasiática denominada, no se sabe por qué, *Laurasia*.

Y es a finales de este Mioceno inubicable cuando aparecen las primeras pruebas en África de la existencia de poblaciones de primates erguidos como lo demuestran las huellas de Laetoli (Tanzania) lo que hace que las manos abandonen ya la función de apoyo y queden liberadas para hacer otras cosas más o menos útiles como saludar o masturbarse.

Esto no implica que en un futuro se descubran algunos restos en Guadalajara y automáticamente los tanzanos ya no puedan ostentar el privilegio de ser los primeros pobladores del planeta. Pero hasta en tanto esto no se produzca tendremos que seguir aceptando nuestro origen africano, para desgracia de más de un dirigente europeo que hubiera preferido descubrir al primer ser humano en catas arqueológicas realizadas en El Vaticano o bajo el edificio del Fondo Monetario Internacional, por poner un par de ejemplos.

Este primer homínido fósil descubierto en África fue del género *australopithecus* con especies *afarensis*, *africanus* y

⁴ Una era geológica ubicable vaya usted a saber dónde.

robustus (lógicamente, el de Guadalajara acabaría llamándose *guadalajarensis*, pero no es el caso).

Todos ellos poseían un cráneo alargado (pero sin pasarse) con una caja craneal aplanada (aunque discretamente) y frente “huidiza” (que sigo sin entender a qué se refiere pero que si lo dicen los que saben por algo será).

Los arcos supraciliares forman el llamado *torus supraorbitario*, la cara es prognata (o sea, que el maxilar se proyecta hacia delante y abajo) y carecen de mentón.

Estas características tan nuestras son comunes a la de los póngidos actuales y, realmente, su cercanía al ser humano se debe más bien a la posición del anteriormente referido occipucio, al arco dentario en forma parabólica y no en forma de “U”, a la ancha pelvis y al ilión extendido hacia los lados, lo que le amplía enormemente la zona de inserción de los músculos glúteos para disfrute de más de uno (y una).

Su estatura va del metro y diez centímetros al metro cincuenta y su capacidad craneal de los 300 cm³ del *afarensis* a los 600 cm³ del *robustus*.

El
afarensis
más
conocido (y
no por su
voluntad)
es uno
encontrado
en Etiopía y



Ilustración 1. Trozos de una tal "Lucy".

denominado “**Lucy**” al que sólo se le ha podido localizar, entera, la pelvis y el fémur, mientras que el *africanus* más destacado fue el de un niño de seis años que le dio por morirse precisamente a esa edad y al que se le ha localizado su cráneo (cráneo de Taung).

El *robustus*, sin embargo, es más importante por su capacidad craneal aunque tiene la cara más alargada y alta, un acentuado prognatismo, piezas dentarias muy macizas, *torus* supraorbitario acentuado y otro occipital.

Si algún macho conocido por usted reúne estas características observe detenidamente si posee una pronunciada cresta sagital... en este caso podremos incorporarlo en este grupo de inadaptados que, en su tiempo, no llegaron a nada.

EL GÉNERO *HOMO*

Aparece hace unos dos millones de años un *habilis* (o varios), poco antes de la desaparición de los australopitécidos, del que se desconoce la estatura aunque sí existe constancia de que poseían una caja craneal bastante más elevada, la frente más convexa y el arco supraorbitario menos pronunciado.

Su cara era alta (¿?), la mandíbula menos espesa (otro ¿?) y las piezas dentarias más pequeñas (eso sí). La capacidad craneal es superior a la de los australopitecos, alcanzando valores entre 650 y 775 cm³ (para que se vayan haciendo una idea, un vulgar *homo sapiens* como el autor de este libro posee, salvo pérdidas desconocidas, unos 1.500 cm³).

El primer vestigio óseo del *habilis* esta datado en 1,7 millones de años y fue localizado en la garganta de Olduvai⁵ (Tanzania).

⁵ Entiéndase por garganta un estrecho barranco de escarpadas paredes y por Olduvai, una de las regiones tanzanas de la actualidad. Que si no lo entendemos así acabamos echándole imaginación a la cosa, deformamos la realidad y acabamos inventándonos una nueva religión.

Pero, pese a esta distinción entre *australopithecus* y *homo*, realmente no existe una clara distinción taxonómica, sino más bien el aumento significativo en el último de su capacidad craneal y una maniática tendencia a producir útiles para emplearlo en la más diversas necesidades (que si una punta de lanza para matar, que si una piedra afilada para cortar... y demás cosas importantes de la época).

Si siguiéramos la línea evolutiva de nuestra especie acabaríamos dándonos de narices con el famoso *erectus* alrededor del millón y medio de años (contándolos hacia atrás desde hoy mismo).

Este muchacho, al que no hace falta explicar por qué se le puso este calificativo, tenía una curiosa tendencia a la emigración (cosa que siguen haciendo hoy en día todos los pueblos necesitados de algo) para la localización de nuevos territorios de caza. Y si a este fenómeno migratorio le añadimos lo mucho que duró sobre el planeta y, por lo que se ve, lo que le gustaba follar, pues podremos entender el hecho de que se le haya podido encontrar en África, Asia y Europa.

Sus aspectos morfológicos no difieren mucho de los de sus predecesores: caja craneal baja, frente huidiza y arcos supraorbitarios muy pronunciados. El prognatismo está todavía presente aunque menos acusado, la mandíbula es huidiza hacia atrás y el muy inútil sigue sin tener mentón (con lo guapos que estamos nosotros con él).

Los dientes le fueron tan bien a sus antepasados que los mantuvieron iguales sin modificaciones sustanciales.

Sin embargo, sí son significativos el aumento de su estatura (llegaron a alcanzar la increíble altura de metro y medio) y su capacidad craneal (subió hasta los 1.300 cm³).

La migración del *erectus* se supone que parte de África oriental donde se pueden encontrar restos del grupo más

arcaico mientras que los caracteres morfológicos más evolucionados de esta especie aparecen en Zambia (por ejemplo, el famosísimo cráneo de *Broken Hill*, en otro tiempo llamado *homo rhodesiensis*)⁶

En Indonesia, por su parte, encontraron otro cráneo de un *pithecanthropus erectus* (el de Trinil) y, en China, se definió una nueva especie humana denominada *sianthropus pekinensis*, actualmente considerada como una variedad o subespecie china del *homo erectus*.

En Europa la datación más antigua es la mandíbula de un tal Mauer, descubierta en Heidelberg (Alemania); destacando, además, los impresionantes restos localizados en Atapuerca.

Para un profano que se aproxime por primera vez a este submundo de huesos y nombres raros, es muy posible que ya esté liado con tanto antepasado dando vueltas por ahí pero, para alegría de masoquistas y ratas de biblioteca, la cosa continua...

Resulta que mientras el *erectus* iniciaba su progresiva desaparición (tanto esfuerzo para nada) fue apareciendo por otro lado del mundo una nueva modalidad de humano cuyo primer resto fósil fue localizado en Düsseldorf y que recibió, sin permiso, el raro nombre de *Neandertal*.

Este antiguo *duserdorfés* o *duserdorfeño* tenía una bóveda craneal alargada y aplanada, de frente huidiza (¿?), *torus* supraorbitario muy pronunciado y mandíbula prognata sin mentón, aunque sí con la superficie anterior lisa y sin fosa canina.

⁶ Para que se vayan ustedes haciendo una idea de qué criterios usan los científicos para ponerle nombre a todo lo nuevo no estaría de más explicarles lo que le pasó a este trozo de cráneo: le pusieron *rhodesiensis* por eso de que lo hallaron en Rhodesia y, cuando el país cambió de nombre, los eruditos prefirieron acordarse de una “Colina Rota” para renombrarlo.

Su capacidad craneal era muy elevado, con una media estimada en cerca de 1.600 cm³, superior incluso a la de usted, amable lector.

Sin embargo, la columna vertebral y sus extremidades, concretamente la pelvis y el pie, son muy similares a cualquier pie de eso que se ven hoy en día. El fémur es corto y fuertemente curvado (andares de jinete); y, de su longitud se deduce que la estatura media debió ser de 155 cm.

En Europa existen esqueletos completos de estos muchachotes como el de *La Chapell-aux-Saints* con un destacado y voluminoso cráneo (unos “cabezones”, vamos).

En Asia y África la modalidad de *neandertal* únicamente varía en la frente, que es ligeramente más vertical, y el *torus* supraorbitario menos pronunciado.

Inmediatamente después de estos señores debía aparecer el hombre moderno, pero se da la circunstancia de que la morfología del esqueleto *neandertal* no es una forma intermedia entre *erectus* y nosotros, básicamente por la robustez de sus huesos, algo totalmente perdido en las estructuras actuales.

Ello plantea el problema aún no resuelto encontrar el eslabón existente entre ambas modalidades de humanos. Por el momento, y hasta en tanto no aparezca algún lumbreras que demuestre lo contrario, parece razonable admitir que mientras los *neandertales* se extinguían en Europa aparecía una nueva población más fecunda, superior técnica e intelectualmente, en África o Asia.

Concretamente en Israel, tierra cuyos antepasados han tenido la costumbre de aparecer continuamente en la Historia, existen restos localizados de industria musteriense algo típica del *homo sapiens neandertalensis* (concretamente en Monte Carmelo, Nazaret y lago Tiberíades) lo que obliga a presuponer

que estos lugares son el punto de partida en la transición del *erectus* al *sapiens sapiens*.

Su capacidad craneal era de unos 1.550 cm³, con bóveda elevada, la frente huidiza de siempre, occipital redondeado y casi sin arco supraorbital.

Son ya algunas formas claramente modernas como, por ejemplo, las órbitas oculares rectangulares y la estatura entre 1,65 y 1,75 metros, siendo el mejor exponente el hombre de *Cro-magnon* y el de *Predmosti*.

Todo ello hace pensar a los catedráticos (y, por lo tanto, al resto de mortales, porque a ver quién les tose) que el inmediato predecesor del *sapiens sapiens* fue un grupo de *erectus* que permanecieron separados de los *neandertales* europeos y que luego se corrieron (con perdón) por el planeta.

Esta teoría es la que más peso tiene hoy en día y presupone la existencia de un “enlace” desconocido denominado provisionalmente *homo erectus presapiens*, del Paleolítico Superior, antecesor del hombre actual que se acabaría implantando por todo el mundo al final del Pleistoceno.

El *sapiens sapiens* ya podría pasar totalmente desapercibido por cualquier de nuestras ciudades presentando una altura aproximada de 1,65 metros, huesos más ligeros y algo frágiles y desaparición total del dichoso *torus* y del pinzamiento occipital que tanto le afeaba. La longitud máxima del cráneo se sitúa hacia arriba, con frente alta y visión ortogonal.

Dentro de estos caracteres morfológicos generales, existen numerosas variaciones que son las que han producido las diversas razas de la actualidad (*Cro-magnon*, *Chancelade*, *Grimaldi* –no existen ninguna información documentada que

pueda relacionar esta última rama con la familia real del Principado de Mónaco- y *Compe-Capelle*).

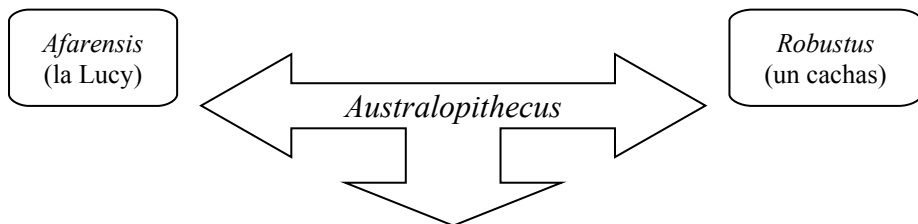
Con la aparición de estos tíos (y tías, si no la cosa es imposible a pesar de ciertos dogmas católicos) se puebla no sólo el Viejo Mundo sino también el propio continente americano gracias a que el estrecho de Bering se encontraba en un nivel muy bajo a causa de una de esas glaciaciones de extraño nombre.

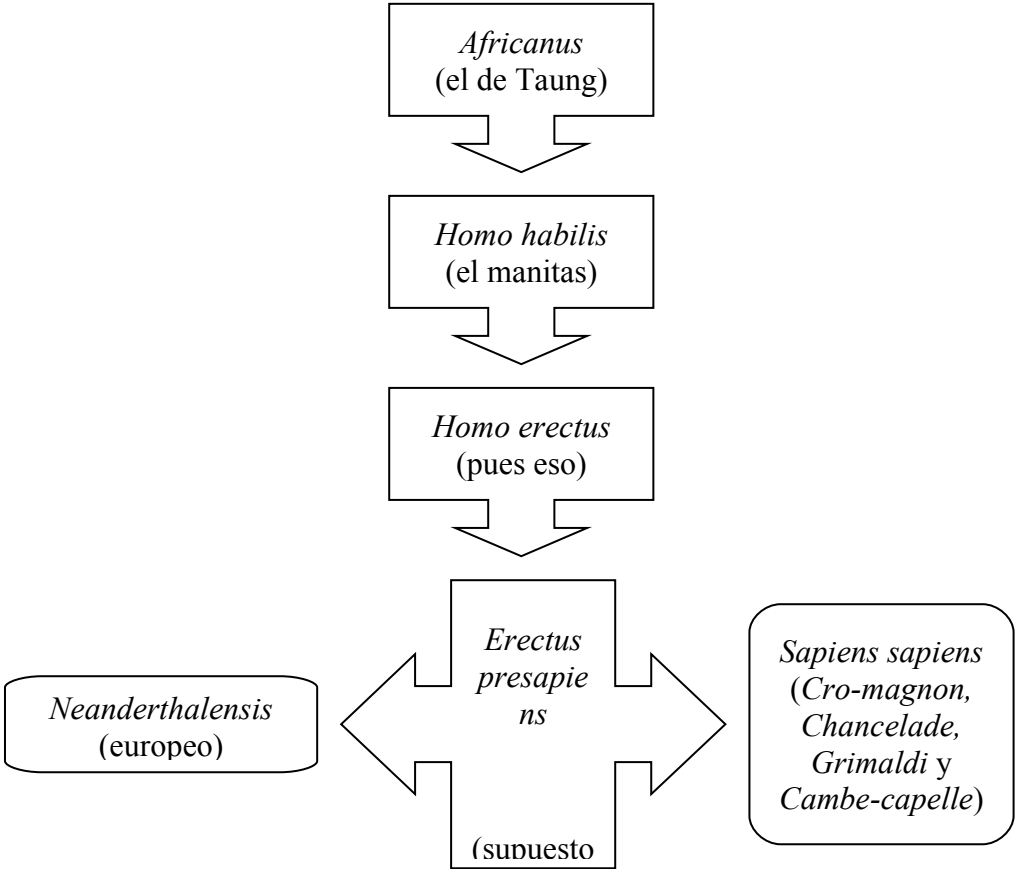
Algo parecido se supone que sucedió en el sudeste asiático lo que facilitó que algunos *sapiens sapiens* decidieran poner sus culos en Australia y formar colonias de humanos ajenas a la posterior evolución que tendría lugar en Europa y Asia.

Todo este impresionante lío de humanos cruzándose entre ellos y moviéndose de una lado para otro sin rumbo fijo viene resumido (supongo) en el siguiente gráfico sujeto, cómo no, a cuantos cambios futuros sean necesarios por los descubrimientos que se vayan haciendo en el campo de la Prehistoria.

Convendría tener presente para realizar una lectura adecuada de este gráfico la impresionante distancia cronológica que separa al primer *Australopithecus* del último *erectus presapiens*.

Y, por supuesto, no pretender verlo como una evolución “estanca” sino como un lento proceso donde muchos de estos grupos humanos llegaron a convivir con sus predecesores y sucesores hasta la extinción de los más tontos y/o débiles, siguiendo el sencillo método de adaptación al medio usado por todas las especies animales.





Toda esta retahíla de humanos deambulando por ahí en busca de comida y sobreviviendo como podían no pretendieron nunca llegar a ser nada importante en el Universo ni mucho menos dejar huella de todo aquello que hacían.

Por eso resulta tan especialmente difícil poder desgranar las características y costumbres que tenían en su época.

Pero, por lo menos, todos se pusieron de acuerdo para hacer sus instrumentos con piedras dentro del Paleolítico lo que hace que el estudio de estas costumbres se reduzca y simplifique.

Así, por ejemplo, durante el Paleolítico Inferior decidieron vivir (no se sabe por qué) los abuelos de los *australopithecus*, teóricos inventores de las primeras industrias líticas; aunque este período es bastante vago e impreciso.

La cubierta vegetal era una sabana abierta con bonitas acacias en las zonas secas y abundantes juncos y alérgicas gramíneas en los bordes lacustres. El clima se le presupone mucho más húmedo que el actual y contaba con un amplio muestrario faunístico compuesto de elefantes con trompa, jirafas de cuello largo, orondos hipopótamos, cocodrilos con mucha mala leche, carnívoros varios, monos y cebras rayadas de blanco y negro.

Las dos especies de homínidos que ocupan este período que algunos prehistoriadores llaman “preachalense” fueron el mencionado *australopithecus* y el *homo habilis*, que debió ser todo un manitas a juzgar por su adjetivo.

Con este *habilis* aparecen las primeras estructuras de habitación de ramas (lo dicho, un manitas) formando una rudimentaria cabaña o bien utilizando un murete de piedras a

modo de paravientos⁷ y se alimentaban, los muy brutos, de carroña, tubérculos, bayas y raíces.

Los primeros aparatos transformados para darles alguna utilidad efectiva y, por consiguiente, con valor social para la comunidad, empiezan a aparecer con ellos; aunque esto no quiere decir que antes no usaran algunos objetos para tareas específicas. Pero esto último no tiene ninguna trascendencia para la vanidad humana puesto que otras especies animales usan cosas para determinados fines; como por ejemplo, la nutria, que apoya una piedra sobre su estómago para partir las conchas de fuertes golpes o ciertas especies de pájaros que usan un palo para extraer los gusanos de los agujeros de los árboles (o mi gato que me usa a mí para que le abra las latas de comida).

La primera constancia de herramientas elaboradas y, por lo tanto, con un proceso intelectual previo, data de hace 2,6 millones de años (de Hadar) siendo unas lascas muy toscas y groseras, pero que a ellos les servía.

Los homínidos, por aquel entonces, sólo se dedicaban a romper pequeños guijarros de cuarzo obteniendo fragmentos con aristas cortantes por una cara.

Estos útiles tan mal hechos y que hoy en día no sirven para nada reciben el nombre de “*choppers*” sin que, el que suscribe, haya encontrado una relación directa con las motos, los embutidos y estas piedras.

Y si en lugar de estar trabajados por una cara del guijarro se trabaja por las dos entonces se llaman “*chopping tools*”⁸

⁷ Las actuales cabañas de los bosquimanos africanos mantienen muchos de los elementos que debieron caracterizar a las primeras cabañas de homínidos de la sabana africana.

⁸ Ambos avances técnicos sufrieron, a buen seguro, un inmediato control por parte de algunos listos para garantizarse el monopolio de los productos

El proceso era muy simple y hasta yo sería capaz de estar en vanguardia de la industria de la época: se coge una piedra, se le dan cuatro guarrazos contra otra más dura y con ello corto, machaco, golpeo y, si es de menester, la ato a un palo y me lío a hostias con el vecino (que de eso entendemos un rato).

El *homo erectus*, el gran conquistador del Viejo Mundo por su manía viajera durante las glaciaciones alpinas de Mindel y Riss, era otro carroñero y cazador que llegó a Europa al mismo tiempo que el león, el lobo o la hiena (aunque suponemos que por separado o, si juntos, corriendo acojonados delante lo que nos permite garantizar que fuimos los primeros).

Una de las novedades introducidas por estos tíos durante el período achelense (que es cosa suya) fue la domesticación del fuego que logró, no se sabe cómo, capturarlo, conservarlo y reproducirlo. Con este fuego aparecen los primeros campamentos organizados al aire libre o en cuevas donde solían pasar, en contra de la creencia general, poco tiempo. Fue todo un cambio para la humanidad: se habían inventado las costumbres *boiescaus* (que si un fueguito, unos cánticos de loor a algún espabilado...).

Los útiles achelenses, sin llegar a la sofisticación de un microondas, fueron ya bastantes avanzados destacando las hachas de mano (o bifaces), los hendedores y unas cosas en forma de bola denominadas “bolas” por los científicos (muy listos) que no saben para qué servían (los científicos, claro, no los *erectus* que lo tenían muy claro).

Las hachas de mano, llamadas así porque se usaban con las manos y eran hachas, son muy abundantes en los depósitos paleolíticos y reciben el tonto nombre de bifaces porque el filo

e impedir que así otros grupos obtuvieran su mismo nivel de vida (ya apuntábamos modales).

cortante está realizado mediante la talla total o parcial de ambas caras de un canto o núcleo recogido por ahí, en cualquier sitio.

El hendedor, uno de los útiles más característicos del achelense africano, es una especie de lasca ancha y espesa tallada de tal forma que consigue un filo cortante en la extremidad distal sin retoque alguno. Es un útil muy frágil y se utilizó como gran cuchillo para cortar las partes blandas de las presas.

Lo de la bola mejor no comentarlo y así no queda mal la comunidad científica.

Eso sí, es en esta época cuando aparece la famosa técnica *Levallois* (pronúnciese “*levallúa*” para quedar bien) y se recurre al uso del “percutor blando” lo que permite un progresivo mejoramiento (o mejorancia) de los útiles que provocó ya la aparición de la conocida frase “*¡no sé dónde vamos a llegar!*” dicha por primera vez por un anciano de treinta y dos años cuando le comentaron los avances técnicos de su poblado.

Un breve esquemita que sitúe toda la industria lítica de esta época y facilite algo la comprensión de la “poderosa” maquinaria realizada por nuestros antepasados, podría ser el siguiente:

Período	Glaciación	Instrumental
Achelense antiguo	Mindel	Bifaces espesos y

⁹ Un sistema usado por nuestros antepasados para “perfilar” mejor el instrumental lítico y que ahora se nos antojaría algo cutre pero que, en su momento, tuvo que ser una auténtica revolución industrial que situó a sus creadores en la vanguardia planetaria. Salvando enormes distancias, su descubrimiento debió ser como el invento de la máquina fresadora en nuestros tiempos (supongo).

	Interglaciario Mindel/ Riss	sin estandarizar
Achelense medio	Interglaciario Mindel/ Riss Glaciario Ris I y II	Bifaces planos (amigdaloides, lanceolados y limandes) Lascas (raederas, cuchillos y buriles) Percutor blando Técnica Levallois
Achelense superior	Riss III Interglaciario Riss/Würm	Dejaron de fabricarse bifaces con retoques
Achelense final (o Miconquiense)	Riss/Würm	Lasas parecidas a las del futuro Paleolítico medio (de tránsito)

Estos muchachotes del Paleolítico inferior ya diseñaban cuevas con una concepción compleja del espacio y su distribución (sobre todo en Europa), asignando áreas según actividades (para tallar, cocinar, descansar...) que implica una trascendental planificación previa y que supone un trabajo

intelectual innegable que para sí quisiera más de un homínido arquitecto actual.

Eran grupos reducidos de individuos e individuos (en torno a veinticinco) con lo que podían explotar los recursos de un área sin agotarlos y cubrir así las necesidades mínimas.

Practicaban, eso sí, una red de intercambios matrimoniales y de información entre grupos que les garantizaba su pervivencia pese a que la demografía no presentaba índices muy altos.

La técnica *Levallois* se asentó definitivamente por los neandertales del Paleolítico Medio y se consolida, precisamente, en el momento en el que Europa, Oriente Próximo y parte de África, sufre un importante cambio medioambiental recrudesciéndose las condiciones de vida.

Hace aproximadamente 85.000 años se produjo, durante la fase interglaciaria Riss/Würm, un aumento de las lluvias y un descenso progresivo de las temperaturas lo que provocó el retroceso del bosque y su sustitución por praderas azotadas por fuertes vientos fríos de carácter continental.

Tanto frío y hielo por ahí dando vueltas acabó penetrando (con perdón) a gran profundidad en el subsuelo desnudando la superficie y convirtiendo la vida animal (incluida la nuestra) en una auténtica aventura que obligó, como siempre, a agudizar el ingenio para no acabar como acabaron las plantas: criogenizadas.

Además, hemos de tener en cuenta que aparecieron nuevos mamíferos asociados al clima frío, con idénticas necesidades que la de los humanos, y que acabaron luchando por los mismos espacios vitales y sistema de alimentación.

Cuando los renos, mamuts, rinocerontes lanudos, rebecos y cabras montesas se lo permitían, los humanos se dedicaban a acomodarse entre cuevas y recodos... siempre y

cuando no hubiera ya algún que otro oso de las cavernas, león o manada de lobo por ahí¹⁰

Como ejemplo de lo bien que se lo montaron podemos destacar las grandes estructuras al aire libre que se les ocurrió construir a ciertos grupos en las estepas rusas y centroeuropeas como las del yacimiento de *Moldova I*, compuesto por una serie de círculos de grandes huesos, principalmente de mamuts, rodeados de concentraciones de piezas, fragmentos óseos y áreas de cenizas.

Se presupone que estos enormes huesos sostenían las pieles extendidas y curtidas de los animales cazados.

En cuevas, sin embargo, el método constructor fue otro dejando constancia de ello los agujeros alineados encontrados (se supone que para sostener postes de madera), muretes, empedrados y hogares.

Practicaban una caza oportunista, sin preferencia determinada por especie alguna e, incluso, cuando el hambre apretaba, se dedicaban al no siempre satisfactorio carroñeo con los animales muertos.

Su ritual funerario ya empezó a tener cierto valor social incluyéndose el canibalismo, el culto al oso de las cavernas y los enterramientos, como el de *Ferrassie*, indudablemente intencionados (se encontraron tres raederas depositadas bajo el esqueleto y orientadas de la misma manera).

Este tipo de estructuras funerarias solían consistir fundamentalmente en una fosa, cerrada o no por una losa, y rellena de bloques que sobrepasaban la altura de los bordes formando un túmulo (como en *Regordu*) o bien dejando el cuerpo sobre un sedimento circundante.

¹⁰ No estaría de más situar, precisamente aquí, el origen de esa tendencia del macho humano al ronquido como mecanismo natural para defender a su prole de posibles agresiones durante el descanso nocturno.

En el Próximo Oriente es donde más follón hay para estudiar la evolución seguida por los grupos humanos allí asentados. Hay algunos científicos que se aventuran a especular en este pantanoso terreno del eslabón perdido y sostienen que hubo una migración de los anteneandertales al Próximo Oriente, donde se encontraron con humanos más modernos (en *Qafzeh*), se mezclaron y regresaron a Europa con la cultura del Paleolítico Superior a cuestas.

Otros más conservadores, sin embargo, prefieren no meterse en líos y sostienen que afirmaciones como esas son “febriles imaginaciones” a los que no hay que prestar atención hasta que no se tengan más datos y que, para eso, lo mejor es que les den algo de dinero a su departamento.

Saltándonos discretamente esta pequeña laguna del conocimiento, al objeto de no atacar el amor propio de los prehistoriadores, y siguiendo con este somero recorrido por los grupos que a bien tuvieron el detalle de poblar la Tierra en su tiempo nos empezamos a encontrar, ya, con las primeras manifestaciones del arte propiamente dicho.

Así, van surgiendo individuos (e individuos, que también) que les da por sentarse en cualquier sitio y elaborar pequeñas figuras zoomorfas y antropomorfas como las halladas en los yacimientos de Malta, *Pavlov* o *Dolni-Vestoniçe*.

Y en las paredes, durante el llamado Auriñaciense, no se les ocurrió otra cosa que ponerse a decorarlas con representaciones geométricas muy esquemáticas realizadas mediante un piqueteado profundo. Lo malo de estas figuras es que son tan sencillas que da pie a múltiples interpretaciones y generalmente han acabado aceptándose aquéllas dadas por el primero que las descubrió.

Es sospechoso el enorme grado de sexualidad puesto en la interpretación de estas figuras como las de *La Ferrassie*; lo

que da pie a pensar que, o bien el descubridor de todo eso estaba profundamente salido (que a mí, personalmente, no me extrañaría nada) o realmente nuestros antepasados no pensaban en otra cosa.

En el citado yacimiento francés, por ejemplo, aparecen “vulvas femeninas” (o sea, triángulos), “representaciones fálicas” (palos gordos) y “manos” (manos)¹¹

Si aceptamos la tesis oficial (aunque no siempre haya que creérselas) de que no paraban de follar, comer y enterrar a sus muertos entenderemos, eso sí, por qué el siguiente período acaba siendo de una sospechosa uniformidad cultural por toda Europa con la misma industria lítica, idénticas formas de habitación y la aparición de unas pequeñas esculturas femeninas terriblemente orondas y rollizas y que los prehistoriadores han decidido que eran “diosas de la fertilidad” [*sic*] llamándolas, cómo no, “venus”.

Son de porte esteatopígico y acusadas

¹¹ Esta curiosa relación de lo sexual chiste muy representativo del confli los psicólogos lo usan mucho para extraigo directamente del libro “Es (Alianza Editorial, 1984) escrito p acude preocupado con su hijo, ado analista para que le estudie y diluc analista queda a solas con el chico pasar al padre para espetarle una remedio’. A la perpleja y apesadun el analista, aportando unas cuartill le parece esta línea vertical y me h una mujer en pie y desnuda. Le he respuesta ha sido: una mujer tendi he dibujado estas dos paralelas ho de una mujer haciendo cosas mala analista comentando: ‘¡Caray!, di

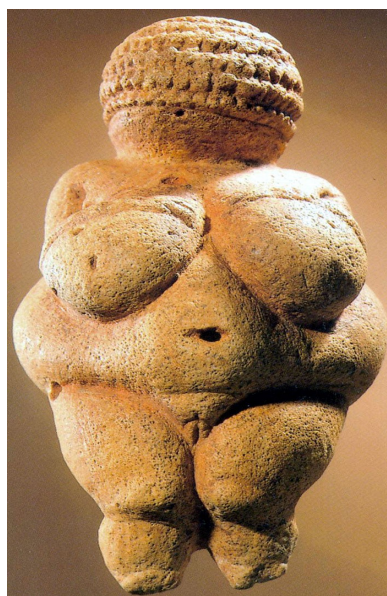


Ilustración 2. Ideal de mujer del entonces: Venus de Willendorf

formas lo que permite a algunos contar con la posibilidad de que estas mujeres del Paleolítico tuvieran realmente esta morfología como sucede hoy en día en algunas féminas del centro de África (bosquímanas) y para quienes, además, es todo un elemento de belleza vinculado a la reproducción.

Estas tesis, quizás de visión un tanto más realista, sostiene que el desarrollo del tejido adiposo en el culo y tetas (nalgas y senos si es usted de los finos) no es más que un recurso biológico de reserva en las épocas de escasez y que pudo ser cierto a finales de este Paleolítico tan frío.

Este minucioso trabajo artesanal reflejado en estas “peazos” de figuras, en las manifestaciones artísticas rupestres e, incluso, en los útiles de caza presupone una cierta especialización por parte de algunos de sus pobladores (no es de recibo creer que todos sabían hacerlo todo) lo que implica una interesante e incipiente cohesión social y, presumiblemente, cierta jerarquización en la realización de tareas.

Además, se ha de tener en cuenta que el mineral usado por excelencia para el trabajo de las armas de caza y guerra, el sílex, no se encuentra en determinadas zonas de Europa con facilidad con lo que si querían tenerlo, y satisfacer así ciertas necesidades básicas, era necesario organizar auténticas explotaciones mineras para su extracción.

La caza del mamut, por ejemplo, no era tampoco una cosa que pudiera hacer uno sólo con su hijo menor con lo que cabe suponer que estos predecesores del Paleolítico Superior ya poseían la suficiente capacidad intelectual como para estructurar un lenguaje que sirviera de elemento comunicador intersujetos y organizar así estrategias de caza y discutir su desarrollo.

Una de las invenciones de la época que mayor trascendencia tuvo fue el llamado “propulsor”, pariente antiguo del arco, y que logró ampliar, con mucho, el radio de alcance de los utensilios de caza y suponemos que de guerra.

Es interesante destacar de estos muchachotes la estructura social al ser una de las cosas que mayor sangre, sudor y lágrimas va a causar entre los humanos desde entonces. En aquella época la mayoría de los grupos estaba compuesto por unas cuarenta o cincuenta personas en pequeños grupos de dos o tres núcleos familiares interrelacionados entre sí mediante uniones monógamas o polígamas. Es posible que ya empezaran a aparecer los “cabecillas” o jefes de cada grupo, que eran quienes decidían los desplazamientos estacionales, las mujeres con las que se acostaba y las relaciones con otros grupos.

Pese a ser el que más poder tenía (suponemos que mediante el uso de la fuerza como ahora) y el que más utensilios y alhajas podía ostentar (lo dicho, como ahora) no eran unos muchachos que pudieran pasar de los treinta años al igual que sus congéneres. Eso siempre y cuando no se decidiera su eliminación física por cualquier motivo propio del cargo (golpes de estado y cosas así) o hubiera sido liquidado de pequeño por problemas de carestía alimenticia (el infanticidio parece estar documentado bajo esas circunstancias).

Dentro del contexto cultural de esta gente también merece la pena reseñar la tendencia natural a las representaciones pictóricas de los distintos poblados que se asentaron en la Península Ibérica.

Inicialmente, los investigadores del siglo XIX se lo atribuyeron a los celtas, fenicios e incluso egipcios. Sin embargo, en 1864, un señor llamado **Edouard Lartet**

descubrió en la cueva de *La Madaleine* (Dordogne) un fragmento de marfil de mamut con una destacada representación de este animal que obligó a los científicos a presuponer que los hombres que vivieron los grandes fríos del Würm fueron realmente los autores de tanto arte rupestre.

Por esa época se descubren también las pinturas de Altamira por un tal **Marcelino Sanz de Sautuola** si bien la ciencia “oficial” francesa y española rechazaron toda posible autenticidad de la misma (como siempre) hasta que, varios descubrimientos más tarde en cuevas francesas, pusieron en entredicho la postura oficialista y se vieron obligados a regañadientes a tener que aceptar la existencia de arte durante este período prehistórico.

Inmediatamente después empezaron a aparecer lugares muy significativos del arte parietal¹² en toda la cornisa cantábrica y sur de Francia siendo, acaso, el más importante el de la cueva de *Lascaux* (Montignac) en 1940, la “reina” de las cuevas francesas, con su “Sala de los Toros” y “Divertículo” y un total de más de 450 figuras identificables. Le sigue, en orden a su importancia, las cuevas de *Angles-sur-l’Anglin*, con sus frisos con relieves femeninos; las de *Lussac-les-Châteaux* y la enorme cueva de *Reuffignac* (“Cueva de los cien mamuts”).

Pero pese a la innegable importancia de estas muestras de arte parietal en tierras galas, prácticamente la totalidad de las cuevas con arte paleolítico se encuentra en la Península Ibérica.

Fuera de esta zona tan sólo se les ocurrió pintar las paredes de “graffitis” a los antepasados de la Península Itálica, Montes Urales y actual territorio rumano.

¹² Es decir, hecho en la pared

Era muy habitual aprovechar los accidentes de la roca usándose los raspados, estriados, sombreados o simples líneas para acentuar los volúmenes.

Usaban, los pobres, tan sólo dos colores básicos: el negro de manganeso (también de carbón aunque se conserva peor) y el óxido de cobre o de hierro, que pueden ir desde el marrón hasta el anaranjado, predominando el rojo.

Las técnicas gráficas usadas por nuestros antepasados pintores todavía son observables en la actualidad en algunos pueblos primitivos y en los niños, destacándose la diferenciación entre un “realismo intelectual” (el artista representa lo que sabe que existen aunque no lo esté viendo en ese momento) y un “realismo visual” (o naturalismo, plasmando lo que ve directamente).

El ochenta por ciento de las figuras son zoomorfas siendo, casi todas las representaciones, de caballos y bisontes; lo que presupone que debieron ser muy abundantes o muy importantes para nuestros abuelos.

Sin embargo, los humanos a ellos mismos se representan poco y mal. Son, prácticamente, representaciones de corte caricaturesco con detalles animalísticos que les dan un aspecto de híbridos y con una ejecución bastante descuidada.

Como suele pasar entre los que dicen que saben cuando no saben de qué va la cosa, se ha decidido que las mezclas de rasgos animales en los dibujos de humanos supone una cierta “raíz mística” o representaciones reales de magos disfrazados de animales para ejecutar su digno trabajo religioso.

Otras de las manías más curiosas de estas gentes es la de plasmar sus manos (al estilo de nuestros niños actuales) en cualquier pared untándoselas previamente de pintura para guarrear más la cosa.

Se conocen numerosos casos de manos mutiladas con la ausencia de algunos dedos y últimas teorías sostienen que ese tipo de pintadas pudieran tratarse de un método transmisor de mensajes (doblando y ocultando los dedos, al modo de los signos que actualmente usamos cuando queremos decirle a alguien con las manos cualquier burrada, por ejemplo).

Para finalizar este recorrido me gustaría reflejar una “sesuda” clasificación, realizada por un tal **Leroi-Gourham**, vaya usted a saber cuándo, y que le dio cierto prestigio entre la comunidad científica.

Por lo que se ve, el *gurjam* este se vio apremiado por una angustiante necesidad de poner un poco de orden a toda la variedad tipológica de signos que acompañaban a estos dibujos parietales y, ni corto ni perezoso y supongo que en quince minutos, ideó esta genial clasificación con su respectivo y asombroso nombre científico (si la hubiera hecho usted a buen seguro que estaría todavía recibiendo palmaditas en la espalda de condescendencia mientras le invitan cortésmente a abandonar el departamento de Prehistoria correspondiente).

grupo	definición	contenido	Nombre científico
I	Signos “ligeros”	Palos y puntos	Puntiformes
II	Signos “plenos”	Claves y figuras de mujeres muy esquematizadas	Claviformes

III	Signos “mixtos”	Mezcla de las dos anteriores	Mixtiformes
IV	Agrupación de los grupos previos	Un revoltijo de todo lo anterior	(no se atrevió a ponérselos)

La curiosa tendencia a complicar los nombres entre la comunidad científica lo tenemos en los garabatos en forma de espaguetis presentes en las cuevas de Altamira. Según un tal **H. Breuil**, lo correcto es llamarlo “trazos meandriformes”, en lugar de rallajos.

Pero entre tanta mano mutilada, bisonte semidibujado y caballos corriendo nos podemos encontrar con otros tipos de dibujos prehistóricos convenientemente apartados de las corrientes académicas universitarias.

A lo largo de este libro iremos situando cronológicamente algunas de las innumerables pruebas que se han ido recopilando por todo el planeta y que somos, aún, incapaces de poder ubicar en los libros de Historia. Posiblemente el motivo sea sólo uno pero de mucho peso: la tremenda repercusión que ocasionaría en nuestro orden filosófico/político incorporar como válidas algunas evidencias demasiado evidentes.



Para abrir boca y antes de entrar en las culturas neolíticas (las políticamente correctas y las convenientemente marginadas) no estaría de más echarle un vistazo al impactante petroglifo sudamericano de la Ilustración 3... Frente a él podríamos colocarnos en una disyuntiva similar a la sucedida con Altamira cuando don **Marcelino** lanzó su propuesta: o damos como válido lo que nos dice la ciencia oficial (“*son dos brujos bailando*”, dirían) o la ponemos en entredicho y creamos nuestras propias tesis.

Y en ello estamos.

ANEXO I

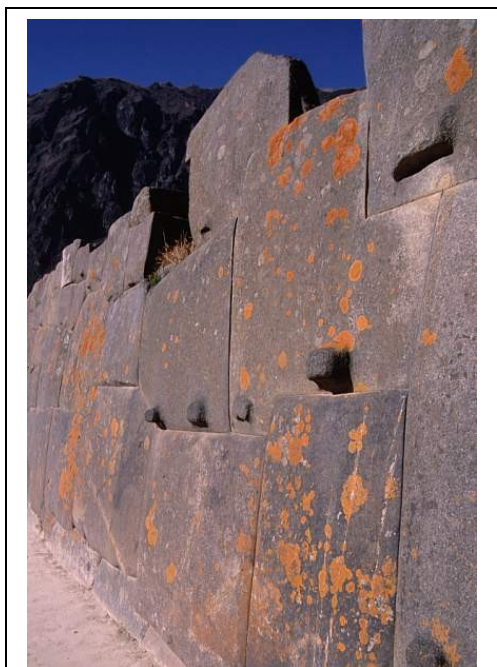


Ilustración 4. Detalle del perfecto ensamblaje de las piedras usadas para la construcción de la Fortaleza de Sacsahuamán (Perú). Una tarea técnicamente incomprensible si nos atenemos al supuesto y primitivo instrumental con que contaban.

Para valorar la estupidez humana a la hora de hacer “interpretaciones” de la realidad basta con dar un somero repaso a los peregrinos argumentos que usaron los europeos para intentar justificar la existencia de indígenas en América...

Para los lumbreras de los siglos XV y XVI, la Biblia era la única fuente válida para explicar los orígenes del mundo y, por lo tanto, ahí

debía estar la explicación a tanto indio dando vueltas y construyendo cosas tan raras y alejadas de la lógica cristiana. Tras no pocos y sesudos debates (y paralelos exterminios) se concluyó que ellos “*también eran hijos de Adán y Eva*”. En junio de 1597, el

papa **Paulo III** lo declaraba en una bula y ordenaba la cristianización de los territorios “*por su propio bien*”.

Pero, ¿cuándo aparecieron estos hombres en el Nuevo Mundo?

Para responder a esto nuevamente se echó mano de las fuentes bíblicas concluyendo, muy serios, que los indios eran “*descendientes de Noé o de los cananeos expulsados de sus tierras por Josué*”. A otros, sin embargo, les convino afirmar que los indios “*habían sido traídos por el diablo al ser parte de las Diez Tribus perdidas de Israel*”, argumento que permitió a los colonos puritanos de América del Norte exterminarlos sin contemplaciones para quedarse con sus tierras.

En cualquier caso nadie dudaba que los indios descendían de antepasados semitas (para la engreída Europa todo giraba en torno a “su” dios) y hasta bien entrado el siglo XIX no se pudo contar con teorías más científicas que asociaron una glaciación con la congelación del estrecho de Bering y el paso de asiáticos a América.

Sin embargo, aún quedan pendientes de asociar estas modernas teorías con numerosos elementos arquitectónicos y ciclópeos monumentos esparcidos por todo el continente y del que aún no tiene respuesta la comunidad científica internacional.

